

XXXIV Concurso de Cuentos "Villa de Mazarrón"

- Antonio Segado del Olmo -

2018

ESCUCHA AL VIENTO

CARLOS GARCÍA VALVERDE

ACCÉSIT

El 13 de Julio de 2018,
el jurado del Concurso de Cuentos
Villa de Mazarrón - Antonio Segado del Olmo,
compuesto por Antonio Lucas Herrero, Antonio
Parra Sanz, Mari Ángeles Rodríguez Alonso, Fernando
Fernández Villa, José Cantabella Miras y José María
López Ballesta, otorgaron el Accésit de la trigésima
cuarta edición al cuento titulado Escucha al viento,
de Carlos García Valverde.

Carlos García Valverde, nació en León.

Estudió dibujo y pintura en la Escuela de Artes y Oficios. Dedicado profesionalmente a la ilustración y el diseño gráfico, labores que compaginó con su trabajo en diversas entidades financieras, hasta 2014. Edita y colabora asiduamente en varias publicaciones de ámbito corporativo.

Sus inquietudes literarias le han proporcionado varios premios literarios. Caben destacar entre ellos el "Villa de Cistierna" , "XVII Nueva Acrópolis", "Enrique Orzaola", "Campo grande", "Casino obrero de Béjar", etc.

Así mismo ha publicado "Historia de León en cómic", "La hierba bajo la nieve y otros relatos leoneses", "Retratos inmortales", "Cuentos de ..."y otros más.

ESCUCHA AL VIENTO

El tío Aquilino abre el arcón de las manzanas y se pasa un buen rato seleccionando las más grandes y sanas. Luego las mete en un saco y lo sube al chiribitil situado bajo el tejado de la casa. Allí lo oculta con cuidado debajo de un heterogéneo montón de aperos destartados, zarandas oxidadas y otros tereques más o menos inútiles. En el baúl quedan sólo veinte o treinta piezas menudas o cocosas que Aquilino, de vuelta del sobrado, cubre esmeradamente con un paño de lino blanco, cerrando la tapa a continuación.

El viento le ha dicho que, esa misma noche, los maquis van a bajar al pueblo en busca de provisiones.

Capítulo uno: San Frutos y el Norte

San Frutos está situado en la suave ladera de un monte mediano, en cuya cima crecen de forma desordenada y tupida las carrasacas y las retamas. El poblacho consta de una única y polvorienta calle central, no muy ancha, flanqueada en ambos márgenes por cuarenta o cincuenta edificaciones, entre casas, cuadras y corraladas, todas ellas construidas en tapial adusto o conformadas a base de modestos adobes. Únicamente una decena de callizos breves y angostos parten de forma más o menos perpendicular desde la arteria central, para acabar muriendo, generalmente, en algún pequeño huerto o cascajal posterior a las viviendas. Ni siquiera la iglesia, erigida en medio de una de las hiladas de casas, cuenta con el privilegio, habitual en otras poblaciones, de una plazuela o glorieta frontera o aledaña que rompa con tan monótono trazado urbano. En realidad, sólo la semejanza de materiales empleados en su construcción -ladrillo en lugar de barro- diferencia al templo del resto de edificaciones colindantes. Bueno, eso y una austera espadaña que da hospedaje a una única campana, y que ni siquiera se ve rematada por la clásica veleta, artilugio, por otra parte, bastante inútil por aquellos pagos.

Porque, en San Frutos, todo el mundo sabe de dónde viene siempre el viento o, más apropiadamente, "el Norte", que es como se le conoce aquí, puesto que invariablemente sopla desde tal punto cardinal. La verdad es que ni los

meteorólogos ni otros augures, conocedores de esta particularidad, se han puesto jamás de acuerdo sobre el motivo de tan contumaz fenómeno, ni sobre la causa de su constante bufido en el lugar durante, al menos, trescientos días al año. Unos aducen razones naturales atribuibles a la orografía circundante, o particulares áreas de presión o temperatura privativas de la zona; otros, indudablemente menos empíricos, argumentan antiguas maldiciones pesantes sobre la aldea, cuyos orígenes y fundamentos se pierden en la memoria de tiempos antiguos. El caso es que el Norte sopla casi constantemente, en cualquier estación del año, ya sea en furiosas rachas, en bufidos tozudos y continuos o, en el mejor de los casos, en templados céfiros condescendientes. Incluso las escasas jornadas en que se toma un breve respiro, su presencia e influjo pueden advertirse en la permanente inclinación de los árboles del lugar, y hasta las casas parecen escorarse casi imperceptiblemente bajo el secular y pertinaz empuje de la corriente ventosa. Por todos es asumido que la fundación y el desarrollo de San Frutos han estado, desde sus principios, condicionados por la sempiterna presencia de la ventisca norteña, de manera que su cartografía urbana, al intentar evitar o soslayar, en la medida de lo posible, los molestos efectos del vendaval, ha acabado por conformar, a través de los tiempos, esa solitaria calle medular, orientada precisamente a septentrión para facilitar el acceso, tránsito y huida del viento, rehuyendo, de este modo, cualquier enfrentamiento con tan poderoso como invisible enemigo.

Capítulo dos: .El escuchante

Pero no todo el mundo considera al Norte como enemigo o incómodo convecino. Desde que se tiene memoria, en San Frutos ha existido la figura del "escuchante", una especie de agorero que interpreta, descifra y desvela los mensajes que cabalgan entre las hebras de aire del ventarrón. Se trata, al parecer, de una rara habilidad que se transmite ordinariamente de padres a hijos, aunque no siempre es así. En la actualidad es Aquilino quien desentraña los eólicos avisos, y antes que él fue su padre, que a su vez relevó a su abuelo, y así sucesivamente. La casa de la saga de "escuchantes" se encuentra al final de la rúa central, al sur del caserío, de manera que ellos, desde siempre, han podido atrapar al vuelo no sólo los ecos lejanos que ha arrastrado el Norte en su trayecto allende el pueblo, sino los recogidos por este

en su fugaz periplo callejero dentro del mismo. De esta forma, Aquilino sabe en cada momento todo lo que se vocea en la taberna, se murmura en los conciliábulos de comadres o incluso se bisbisea en la intimidad de las alcobas.

Y también, claro está, cuándo debe esconder las manzanas, el vino o la matanza.

Capítulo tres: El albéitar

Beltrán regresó a San Frutos veinte años después de haberlo abandonado con destino a la capital de la provincia, donde había completado su formación académica. Ahora, convertido ya en veterinario, y tras prestar sus servicios profesionales en otro par de comarcas adyacentes, asumía, sin demasiado entusiasmo, su nuevo destino en la aldehuela que lo vio nacer y a donde, en verdad, nunca había pensado en volver. Tenía que hacerse cargo de San Frutos y otros tres poblachos cercanos, y su único pariente vivo en el lugar, en calidad de tío segundo, resultaba ser Aquilino, aunque Beltrán estaba un poco remiso a contactar con tan pintoresco ancestro, de modo que llegó al pueblo sin avisar a nadie. Pero cuando descendió del tren en el humilde apeadero de la aldea, Aquilino se hallaba en el andén, esperándole. Lo había escuchado en el viento.

El escuchante, apelando a los lazos de la sangre, ofreció a Beltrán alojamiento en su casa y este, ante la probada ausencia de fonda o pensión donde acogerse, hubo de aceptar la propuesta, si bien quiso dejar claro desde el principio que sería una situación provisional, mientras hallaba otro acomodo menos oneroso para ambas partes.

-Puedes quedarte el tiempo que quieras -aseguró Aquilino-, vivo solo y hay suficiente sitio para los dos, y más que vinieran.

El caso es que, con el transcurso de los días, la convivencia diaria y la ausencia de roces entre los dos hombres acabaron por establecer entre ellos la confianza mutua y la sana cordialidad, derribando los recelos que Beltrán, en principio, abrigaba con respecto a su hospitalario pariente y su pretendida y estrambótica habilidad. En realidad, el veterinario era bastante escéptico en este terreno, y achacaba las revelaciones de su tío no más que a unas notables dotes de observación y a un oído atento, aunque no precisamente a los susurros del viento,

sino a los corrillos y mentideros de la cantina, o a la indiscreción de algún que otro convecino lenguaraz. Sea como fuere, Aquilino se reveló como un perfecto anfitrión: dejaba hacer a su sobrino, sin meterse en sus asuntos, y no quería ni hablar del tema cada vez que Beltrán, más por cortesía que por auténtico deseo, insinuaba la conveniencia de buscar otro alojamiento. El escuchante puso además a disposición de su sobrino una mula mansa de su propiedad, para facilitar el desplazamiento de este en el desarrollo de su actividad por los pueblos del contorno, pero Beltrán, a pesar de su dedicación a las bestias, era un pésimo jinete, de forma que hubo de agenciarse un charrete con limoneras al que enganchar la acémila. Ambos parientes acabaron compartiendo largas conversaciones y confidencias, al amparo de la lumbre, cada vez que el albéitar, ya de anochecida, regresaba en el carricoche de sus visitas facultativas. Con el invariable y sempiterno murmullo del viento barriendo la calle y azotando los batientes de las ventanas, Beltrán le contaba a Aquilino cómo le había ido el día, las pequeñas anécdotas de la jornada y le traía noticias de los pueblos que había visitado en ejercicio de su profesión. El escuchante, en contrapartida, le ponía al corriente de todo lo que el Norte le había susurrado durante su ausencia, las discusiones vecinales, los líos de faldas, los movimientos de los milicianos en el monte...

Una tarde, cuando el veterinario arribó a San Frutos tras su periplo diario, Aquilino le estaba esperando en la puerta de la casona.

-Ya sé que no son horas, y que vendrás cansado, pero el Ruperto tiene un ternero con carbunco y, si no se hace algo, se le morirá en poco tiempo.

-¿Cuándo le han avisado? -preguntó Beltrán,

-Aquí no ha venido nadie -respondió Aquilino-; lo escuché en el Norte,

El albéitar renunció a indagar más sobre el asunto, tomó su maletín del portaequipajes del charrete y partió hacia la casa de Ruperto. Cuando llegó, se encontró a este y a su mujer en el establo, junto al choto enfermo. Ambos parecieron no sorprenderse por su visita, sabedores, a buen seguro, del origen de la alerta,

-No queríamos molestarle a estas horas... -se disculpó el hombre.

-No importa -repuso Beltrán, acercándose de inmediato al animal para efectuar su reconocimiento.

Un buen rato después, una vez sajudas y desinfectadas las zonas gangrenadas, el veterinario dio por terminada momentáneamente su labor,

encareció a ambos cónyuges el cuidado y periódica limpieza con agua oxigenada de las incisiones practicadas, y prometió visitarles al día siguiente para calibrar la evolución de la enfermedad. A regañadientes, hubo de aceptar un capón colorado y un enorme queso que la agradecida pareja insistió en entregarle como contraprestación por sus servicios. Cuando entró en casa, Aquilino le estaba esperando cuchillo en mano mientras, en un pote colgado de las pregancias, el agua hervía ya, dispuesta para el desplume,

-Qué bien nos va a venir ese capón para cenar –dijo escuetamente, tomando el ave y dirigiéndose al corral para sacrificarla.

Beltrán no pudo menos que preguntarse cómo su tío sabía que volvería con un pollo bajo el brazo. Probablemente, resumió, era un medio de pago o trueque común en el pueblo, y por todos conocido. Aún se resistía a creer que fuera el viento del Norte el indiscreto confidente del escuchante.

Capítulo cuatro: La radio

Un día primerizo de invierno, Beltrán regresó de su ronda de visitas con un gran cajón de madera en el portaequipajes del charrete. Con ayuda de su tío, lo descargó y ambos lo introdujeron en la casa.

-¿Qué coño es eso? -preguntó Aquilino, una vez hubieron desembalado el contenido de la caja,

-Una radio- informó el veterinario-; nos vendrá muy bien para animar las largas noches del invierno. Se la he comprado al alcalde de Villanueva, que las trae de la capital.

-¿Quieres decir...? ¿Un artilugio de esos que hablan?.

-Sí, eso exactamente. Bueno, más o menos.

El escuchante conformó un mohín de desprecio, giró sobre sus talones y se dirigió a la cocina, No era amigo de esas modernidades. Aquella misma noche, Beltrán conectó el aparato a la bisoña red eléctrica, instaló la aparatosa antena - una especie de largo muelle, colocado de pared a pared, junto al techo de la sala- y procedió a sintonizar las emisoras, bajo la displicente mirada de Aquilino, que iba y venía desde la cocina para observar con infantil desaire las evoluciones de su

sobrino. Tras un rato de chirridos, chasquidos e interferencias, una música chisporroteante inundó la estancia. El albéitar se volvió sonriente hacia su tío, que en ese momento estaba de vuelta de una de sus continuas idas y venidas a los fogones. Este le miró de hito en hito, para acabar murmurando despreciativamente:

-¡Menudo alboroto! ¡Así no hay quien hable ni escuche nada!

-Tío, tío... no sea anticuado, hombre -repuso Beltrán, bajando el volumen del receptor-; tampoco es para tenerla encendida todo el día, pero así se entera uno de lo que pasa por el mundo.

-De lo que yo tengo que enterarme -dijo Aquilino- ya me entero a su tiempo y sin necesidad de ningún armatoste como ese. Pero mal que bien, el tío Aquilino acabó aceptando la ruidosa presencia de la radio, y hasta terminó por encontrarle alguna utilidad. Beltrán le sorprendía a veces, escuchando embobado con una sonrisa floja en los labios, cuando el altavoz del aparato emitía algún bolero o pasodoble, piezas que le gustaban mucho. Por lo general, al verse descubierto en tal "flaqueza", el escuchante recomponía el gesto atropelladamente, carraspeaba, soltaba algún impropio contra ese "inventó de los demonios", como él solía llamarle, y abandonaba la sala con actitud cómicamente digna.

Una noche, después de cenar, el veterinario se dirigió a la sala para conectar la radio y escuchar el parte, pero cuando giró la clavija, el aparato permaneció mudo. El alcalde-vendedor le había instruido brevemente en los rudimentos eléctricos del receptor, así que Beltrán retiró la tapa posterior por ver el origen de la avería.

-Una lámpara se ha fundido- informó a su tío, que contemplaba los manejos del albéitar por encima de su hombro-; a ver si mañana puedo conseguir una de repuesto en Villanueva.

El augur intentó disimular un gesto de contrariedad que, sin embargo, no pasó desapercibido para su sobrino.

-Bueno, tampoco es para tanto... quizá ese viento que tanto reputa usted nos pueda traer esta noche alguna melodía de esas que tanto le agradan, para amenizarnos la velada- apuntó Beltrán con sorna.

-No te burles de lo que no sabes -repuso Aquilino-. La verdad es que no te entiendo. Puedes aceptar sin pestañear que los parloteos y tonadillas que despide ese cacharro vengan por el aire desde Dios sabe dónde, y no te entra en la mollera

que el Norte, lo mismo que arrastra las hojas de los árboles o el polvo de los senderos, traiga también las palabras que se encuentra a su paso. A mí me parece mucho más normal, lo que pasa es que tú tienes las entendederas atoradas y no quieres escuchar, no quieres escuchar ... Pero, mal que te pese, lo llevas en la sangre, y tarde o temprano te darás cuenta.

Capítulo cinco: El telegrama

Instalados en la cotidianidad y la mansedumbre de la rutina, tío y sobrino veían pasar el tiempo plácidamente, sin grandes emociones, pero también sin trastornos destacables. El escuchante seguía atento a las confidencias del aéreo meteoro y también a las nuevas radiofónicas. Una noche, pasados un par de años desde el arribo de Beltrán, escucharon por la radio que los dos últimos *maquis* que operaban en la zona habían sido capturados cuando practicaban una descubierta a la desesperada en un villorrio cercano, en busca de medicinas y alimentos. Para entonces, ya Aquilino había rescatado del sobrado unas cuantas botellas de vino, una caja de manzanas y un par de jamones que había conservado ocultos, y lo había reintegrado todo definitivamente a sus naturales espacios dentro de la casa. Como de costumbre, el Norte le había anticipado la nueva, y también le había desvelado otra noticia que le mantenía taciturno y apesadumbrado.

En efecto, al día siguiente llegó el telegrama. En él se le comunicaba a Beltrán que, a efectos de cubrir una plaza de facultativo veterinario, por fallecimiento del titular, debería trasladarse a la mayor brevedad posible a la capital de la provincia, donde habría de tomar posesión de dicho cargo de inmediato. Esto representaba una evidente mejora profesional que Beltrán no podía permitirse rechazar, así que, no sin cierto pesar ante la perspectiva de romper la convivencia con su tío que, al cabo, tan placentera le estaba resultando, hizo el equipaje y se dispuso a abandonar San Frutos.

-Usted sabía esto ya, ¿no?- le preguntó a su tío, mientras hebillaba la maleta. El interpelado se encogió de hombros.

-Tú, que crees ser tan cabal -respondió, con cierto resentimiento-, deberías haberte figurado que las noticias viajan más rápidas a lomos del viento que saltando de poste en poste, embuchadas en esos alambres tan aparatosos.

Beltrán sonrió, meneando la cabeza. Hacía ya algún tiempo que, de resultas de sus experiencias en los últimos dos años, su pragmatismo comenzaba a flaquear.

-No debes menospreciar al viento del Norte -continuó Aquilino-; más vale tenerle como aliado que como enemigo.

-La corneta se eleva en contra del viento, no a su favor -replicó el veterinario.

-Puede ser, pero yo no soy una cometa volandera. Si acaso, soy un junco, apegado a la tierra. El viento puede derribar los árboles más fuertes, pero acaricia los frágiles juncales sin quebrar sus tallos -remató el escuchante.

Pocas horas más tarde, en el apeadero del tren, ambos parientes se despidieron con un sentido abrazo y prometieron mantener comunicación epistolar para estar al tanto el uno del otro.

-Bueno, bastará con que escriba usted bromeó Beltrán, en un intento de minorar la tristeza de la despedida-, porque de mis andanzas ya se encargará el Norte de tenerle al corriente.

Aquilino asintió con la cabeza. Un nudo en la garganta le impedía articular palabra.

-Vamos, vamos -intentó animarle el veterinario-; ahí le dejo la radio, para que se distraiga y recuerde los buenos ratos que hemos pasado escuchándola.

Minutos después, Beltrán subió al mixto. El ventarrón sempiterno parecía querer impedir la partida del convoy, despeinando furiosamente el penacho de humo que exhalaba la locomotora, pero ésta arrancó finalmente. El augur permaneció en el andén hasta que el tren se perdió de vista, dejando un blando rumor flotando en el paisaje. Luego se dirigió a su casa, penetró en la sala y se quedó largo rato mirando la radio, ahora silenciosa. Después, resueltamente, desenchufó el aparato, cargó con él y lo subió al desván.

Colofón

El viento del Norte sisea entre los dos únicos cipreses del pequeño malvar cuando llega la comitiva mortuoria, atraviesa la entrada y se dirige hasta una

oquedad abierta en la tierra, junto a la que aguardan dos hombres con ropa de faena, armados con un par de largas sogas con las que, al poco, descuelgan el ataúd de Aquilino hasta el fondo de la fosa mientras el cura lo asperja y suelta unos cuantos latinajos, bisbiseados como un eco por la docena corta de paisanos que ha acompañado el duelo. Entonces se oye rechinar la verja de acceso y todos se vuelven para ver cómo Beltrán irrumpe en el camposanto, a tiempo de dar el último adiós a su extinto pariente. Algunos tardan en reconocerle; ha cambiado bastante en los diez años que lleva ausente del pueblo, y la verdad es que ahora caen en que, por olvido o desconocimiento de su paradero, nadie le ha avisado del óbito de su familiar. Pero, en realidad, a nadie asombra la presencia de Beltrán en tal momento y lugar.

Porque todos saben, sin atisbo de duda, quién ha sido el mensajero que ha llevado hasta el albéitar tan triste noticia.

